

Estos dos Corazones Por el Hermanos Ernest Ryan, CSC

La oscuridad estaba cerrándose. A ambos lados de las vías donde se apiñaban las cabañas mineras, como si quisieran calentarse unos a otros, pequeñas luces amarillas comenzaron a parpadear aquí y allá a través de las ventanas cubiertas de polvo de carbón. Proyectaban sombras enfermizas sobre montones de nieve azul negruzca.

El invierno había llegado temprano a Mackeysburg, Pensilvania, en el año 1848. Ya, y era solo el cuatro de noviembre, el suelo había estado cubierto de nieve durante más de una semana. Pero la nieve en un pueblo minero significa una cosa para los colonos: más suciedad. Casi cuando los copos cayeron, se ennegrecieron con el humo y el polvo de carbón que se abre paso en todo.

Un forastero paseando por las vías tendría dificultades para distinguir una casita de otra a la luz del día, pero para el médico del pueblo en esos días, cada una era distinta incluso en la creciente penumbra.

En ese momento, ya pesar del frío de la mañana, varias personas se abrían paso a toda prisa, con el cuello en alto para protegerse del viento.

Un pequeño nudo era bastante inusual. Se trataba de un hombre alto, de edad avanzada, bien abrigado para el frío, que llevaba una cartera negra y lo acompañaban dos niños bastante pequeños. Caminaron tranquilamente.

De repente una voz rompió el lúgubre silencio.

"¡Hola, doctor! No me diga que alguien está enfermo en el pueblo esta noche".

El hombre alto con los dos niños levantó la cabeza de un tirón, una cabeza que había estado demasiado cargada de pensamientos para resistir el clima.

"Hola, George", gritó al reconocer al hombre que lo había llamado. Bueno, si continuó lentamente, pero nada demasiado serio. Otro bebé que viene para los O'Neill".

Dicho esto, el doctor metió la cabeza en el calor de su bufanda y siguió caminando. Ni una palabra más salió del otro hombre. Cosas como bodas, nacimientos y muertes se daban por hecho en la monotonía de un pueblo minero.

"Aquí está nuestra casa, doctor", dijo uno de los niños O'Neill en un una voz fina y aguda.

"Sí, querida, lo sé"—respondió el doctor, sin levantar los ojos del suelo.

Una lámpara de aceite de carbón en un soporte en una ventana delantera arrojaba un resplandor enfermizo dentro y fuera de la pequeña cabaña. La lámpara había sido puesta allí para dar la bienvenida al médico. Sirvió para enfatizar, en cierto modo, la mugre por fuera y la alegre limpieza por dentro.

"Pase, doctor", saludó Michael O'Neill. "Te estamos esperando. Gracias a Dios que fuiste libre de venir."

"No te preocupes, hijo mío", canturreó el doctor, colocando su cartera sobre la mesa y quitándose la bufanda y el abrigo.

"No, doctor. Dios siempre ha sido bueno con nosotros." Una hora más tarde, los cuatro niños O'Neill miraban con ojos deslumbrados a su nuevo hermanito desde su paquete de mantas calientes.

En la puerta de la casita, el médico hablaba muy serio con Michael O'Neill.

"No se lo conté a Ellen, pero el pequeño tiene pie zambo. Puedes decírselo más tarde, si quieres; pero pronto lo descubrirá. No hay nada que podamos hacer al respecto."

El médico estaba haciendo todo lo posible para dar la noticia con la mayor delicadeza posible. Odiaba ensombrecer la escena soleada, pero sentía que no estaba haciendo nada más que cumplir con su deber.

"Volveré por la mañana, Mike. Ellen está bien."

Dicho esto, el doctor salió a la oscuridad de una noche de noviembre. Sin luces eléctricas, ni siquiera la luna arrojaba luz suave para sus pies.

Mike O'Neill permaneció un largo momento en profundo pensamiento. Un niño con pie zambo. Sólo había visto uno en su vida. Levantó la vista por un momento hacia donde la imagen del Sagrado Corazón miraba hacia abajo desde su lugar de honor en la pared del salón. Dejaría que la naturaleza siguiera su curso. Dios sabía lo que era mejor.

Dos días después todo volvió a la normalidad en la casita. Michael O'Neill balanceaba su pico en las negras entrañas de la tierra a cientos de pies bajo tierra. Pero estaba ansioso por que el día terminara. Era su primer día de trabajo desde la llegada del pequeño, y el primero en el que el cuidado del bebé recaía por completo en su madre. Sin duda ya había descubierto esos piecitos de aspecto extraño que habían preocupado a Mike durante los últimos dos días. ¿Qué pensaría ella? ¿Qué diría ella?

Michael O'Neill se apresuró a casa esa noche.

"Tengo un nombre para el hombrecito", canturreó la madre cuando su esposo entró en su habitación.

"¿Ya?"

"Lo llamaremos John".

"John. ¿Después de quién?"

"El Discípulo Amado: porque" . . .

Había una lágrima en su ojo cuando miró hacia arriba.

"Porque lo amaré más que a los demás".

"¿Entonces tú. . . tú. . . sabes?"

"Sí, Michael: lo sé".

El gordito John O'Neill le resultó muy difícil aprender a caminar. La madre pasaba horas con él todos los días hasta que llegó otro pequeño O'Neill, y luego los niños mayores lo ayudaron.

"Espacio, espacio", le gritaron mientras lo ponían de pie contra la pared y luego se paraban a unos pasos de distancia con los brazos extendidos hacia él.

Ya se notaba en la actitud de los niños que habían captado algo del especial cariño de su madre por el hermanito lisiado.

"Espacio, espacio", les gorgoteaba, hacía un esfuerzo desesperado y caía al suelo. Pero él no se quedaría allí. El pequeño John retrocedía, colocaba las manos en la pared y se obligaba a ponerse de pie.

Fue una prueba larga y difícil, pero llegó el día en que John O'Neill pudo caminar. Bajo la cuidadosa guía de su madre, desarrolló un modo de andar que, considerando todo, era bastante elegante.

Es exagerado decir que a John O'Neill no le importaba su andar torpe. Le importaba igual que a cualquier otro niño de su edad. Le importaba especialmente cuando varios de los chicos se reunían para jugar o para hacer largas caminatas en busca de bayas y nueces.

También le importaba cuando no podía seguir el ritmo de los niños y sus perros cuando iban a cazar conejos.

"¿Podré alguna vez ir tan rápido como los demás, madre?"

"Aún puedes vencerlos a todos, hijo mío. Pueden pasar muchas, muchas cosas".

Se quedó en silencio por un momento, con esa mirada larga, larga que tantas veces tenía en sus ojos azules. "John, querido, hay tantas maneras de estar por delante. Yo no me preocuparía, si fuera tú."

Siempre tuvo cuidado de no desanimarlo. Ella sabía que él era diferente a los otros niños; al menos parecía mucho más pensativo que ellos.

Pero John aprendió a correr. Aprendió a hacer muchas cosas que hacen los chicos normales, aunque conservó su disposición más reflexiva.

En la escuela era tranquilo, trabajaba duro en sus lecciones, como las que se impartían en las difíciles condiciones de los pueblos mineros; pero desde hace algún tiempo había sentido que debería estar en el trabajo para ayudar a mantener a la familia. Más de una vez le había planteado el tema a su madre, pero ella le había dicho que tuviera paciencia.

"Hay muchos años por delante. Solo serás niño una vez en tu vida. Podemos llevarnos bien en este momento".

Un día que su padre parecía más cansado que de costumbre después de sus largas horas en el foso, John se sentó en un banco a su lado.

"¿No crees que podría conseguir un trabajo contigo en la mina, Papá?"

Hubo un momento de tenso silencio. La mayoría de los mineros se oponen seriamente a que sus hijos se hagan cargo del trabajo.

"Si hubiera algo más que pudieras hacer, John, me negaría; pero sé que no hay. Veré al jefe y quizás pueda conseguirte algo que hacer, al menos durante las vacaciones".

Y así, unos días después, John fue con su padre a las minas, a esos túneles largos,

oscuros, húmedos y sofocantes que parecían llevar a todas partes. Era un John O'Neill realmente asustado, pero tenía que ocultar su miedo. Había muchos otros chicos de su edad allí abajo, algunos incluso más jóvenes que él. No sería bueno dejarles ver que tenía miedo. Ya tenía suficientes desventajas.

Cuando finalmente alcanzaron su nivel, separaron a John de su padre y lo enviaron con otros niños a separar el esquisto del carbón. Fue un trabajo duro y pesado. Tampoco había tiempo para holgazanear. No se daban buenos centavos americanos a quienes no los ganaban.

Al final de ese primer día, los dedos de John estaban tan doloridos que apenas podía tocar nada sin sentir dolor. Hizo todo lo posible por ocultar sus sentimientos, especialmente de su madre, que se había preocupado por él todo el día. Pero apenas terminó la frugal cena, el muchacho se durmió profundamente, exhausto.

"Llévalo a la cama, Mike. Ni siquiera se despertará cuando lo toques."

Estaba igual el primer día que entré en las minas. Hace cuánto tiempo parece.

Día tras día, el joven John hizo esta ronda sin fin. Durante unos minutos de una mañana de verano vio el sol dorado y luego se sumergió en la noche viva de la mina. La tarde le trajo una mirada fugaz del sol rojizo en el oeste, y luego la noche del sueño oscureció su conciencia.

No sabemos cuánto tiempo trabajó John en las minas. Pero mucho antes de que abandonara el trabajo, él y sus padres sabían que no podría continuar en él por mucho tiempo.

Un día sorprendió bastante a su madre.

"Mamá, tengo suficiente de las minas. Voy a aprender el oficio de zapatero".

"Oh, esas son buenas noticias. Estoy tan contenta de escucharlas: el otro trabajo fue demasiado para ti."

Y así fue como John O'Neill, un auténtico padraastro de pies, empezó su aprendizaje con el zapatero del pueblo.

Desde ese primer día en la tienda, John disfrutó de su trabajo. Parecía infundirle nueva vida. Había muchas cosas que aprender; muchas cosas que hacer. Eso hizo por interés. Incluso la jornada de diez horas le parecía muy corta. El maestro se maravilló de la velocidad y la eficiencia de su aprendiz, y en poco tiempo habría podido duplicar sus propios ingresos si una calamidad no hubiera golpeado a la nación.

El 20 de diciembre de 1860, Carolina del Sur se separó de la Unión. Le siguieron en rápida sucesión Mississippi, Florida, Alabama, Georgia, Luisiana y Texas. El 4 de febrero del año siguiente, los representantes de los Estados se reunieron en Montgomery, Alabama, adoptaron una constitución temporal e incluso eligieron un presidente y un vicepresidente provisionales. Un poco más de un mes después, la constitución temporal fue reemplazada por una definitiva y fue adoptada por el Congreso Confederado en febrero de 1862.

Mientras tanto, Abraham Lincoln había sido investido como presidente de los Estados Unidos y tomó una posición firme a favor de la Unión. Luego vino el tiroteo en Fort Sumter y comenzó la trágica Guerra Civil.

Las noticias viajaban lentamente en esos días, pero no pasó mucho tiempo antes de que los mineros en Mackeysburg, Pensilvania, escucharan que después de un bombardeo de cincuenta cañones durante un período de treinta y cuatro horas, el Norte se había visto obligado a entregar el Fuerte a la Confederación. Apenas se habían recuperado del susto cuando, una semana después, llegó el llamado a las armas. El Sr. Lincoln había pedido setenta y cinco mil voluntarios, y hombres de todos los ámbitos de la vida se apresuraron a defender las Estrellas y Rayas.

Mackeysburg, por pequeña que fuera, envió su cuota a la llamada del Presidente. Hubo una gran carrera por fabricar zapatos nuevos y fuertes, y el maestro y su aprendiz trabajaron muchas horas para complacer a los nuevos soldados.

Entonces ocurrieron dos extraños sucesos que cambiaron para siempre la vida de los dos zapateros. El maestro sintió que estaba eludiendo su deber si no se ofrecía como voluntario. Si el Norte quiere tener éxito en su gran lucha para preservar la Unión, debe tener hombres que luchan por ella. El ejército debe estar bien calzado, y para ello el zapatero debe estar con los hombres.

John O'Neill, por supuesto, era demasiado joven para ofrecerse como voluntario para el Ejército de la Unión: otra llamada había estado sonando en sus oídos. Desde hacía tiempo se sentía llamado a servir a Dios de una manera más íntima, aunque no sabía cómo.

Con el cierre de la tienda del zapatero, sin embargo, llegó un final temporal a sus cavilaciones. Todo lo que se hablaba era sobre la guerra: todo pensamiento era sobre los hogares destrozados y las tumbas que crecían en número en el campo y la ladera.

Si el padre de John se alistó o no, no lo sabemos, pero pronto encontramos al joven zapatero, cargando todo el equipo de un zapatero, y emprendiendo un largo viaje; por justo donde es difícil de decir.

En cada nueva aldea, el zapatero visitaba la iglesia donde pasaba algún tiempo en oración silenciosa y luego buscaba pedidos de zapatos.

En aquellos días en que nuestro gran país estaba escasamente poblado, los agricultores a menudo vivían a kilómetros de distancia. Un viaje al pueblo más cercano a menudo significaba un gran viaje, uno que sólo podía hacerse a intervalos esporádicos. La gente dependía de los vendedores ambulantes, hojalateros y zapateros para muchas de las cosas que necesitaban.

John O'Neill sabía acerca de estos vendedores ambulantes, y sabía

que manejaban tratos difíciles y, a menudo, acumulaban una riqueza considerable. Pero él no estaba tan interesado en los últimos aspectos de sus vidas. Quería poder ganar suficiente dinero para mantenerse a sí mismo: tenía suficiente energía para eso. Sabía también que podía ejercer la caridad hacia los pobres mediante la aplicación de su oficio. Incluso podía hacer un poco de evangelización cuando surgía la ocasión; pero muy probablemente sintió que durante sus viajes Dios le aclararía qué tipo de vocación deseaba que siguiera.

Sería muy interesante para nosotros conocer la ruta que tomó el joven zapatero cuando salió de su casa de Pensilvania para valerse por sí mismo. Su vida como minero y su codearse con el oficio de zapatero lo ayudaron a fortalecerse para la larga y solitaria caminata a través de su propio estado, y de allí a Virginia o a Ohio, no lo sabemos. Cuando tenemos un registro exacto de sus andanzas ya está en Colorado.

En el camino había pasado muchas noches en un pajar o bajo las estrellas, y algunas, por supuesto, en casas amigas. Cuando llegaba a una finca donde se esperaba la llegada de un zapatero, lo traían y lo trataban cordialmente. A menudo pasaba un mes en una casa haciendo zapatos con pieles finas curadas en casa que habían sido reservadas especialmente para ese propósito.

Cuando volvemos a saber de John O'Neill, a pesar de su forma de andar torpe, se ha abierto camino a través de las praderas hasta California. La mayor parte de ese largo viaje se hizo a pie y solo. Qué pena que no nos haya dejado más información al respecto. Pero John siempre fue de los que hablaban poco de sí mismo.

Mientras tanto, la destrucción y carnicería de la Guerra Civil había llegado a su fin. El frío acero de la bala del asesino había atravesado el cerebro de Abraham Lincoln y lo habían enterrado en medio de la flor de su nación.

La Reconstrucción, que tan ardientemente había deseado y pedido con tanta urgencia en su Segunda Inauguración, se estaba llevando a cabo con determinación. Estados Unidos avanzaba hacia el lugar que le correspondía en la gran familia de naciones.

En algún momento de ese vasto viaje desde Mackeysburg a California, John se encontró con otro zapatero ambulante que llevaba sus propias herramientas y se dirigía a casa. John nunca dijo, que sepamos, el nombre del zapatero o dónde lo conoció; pero quedó maravillosamente impresionado con la clase de trabajo que el extraño podía hacer.

¿Dónde aprendiste tu oficio, amigo mío?", preguntó el zapatero alto y pelirrojo de Mackeysburg.

En una pequeña escuela allá en Indiana. A ese lugar lo llaman Notre Dame.

"¿No me digas que enseñan esas cosas en una escuela! Aprendí las mías en la casa de un zapatero en Pensilvania."

"Sí, enseñan zapatería, herrería, sastrería, carpintería y muchos otros oficios en Notre Dame. Por supuesto, también enseñan materias escolares regulares."

"¿Quién dirige esta escuela? Nunca había oído hablar del lugar antes".

"Está dirigida por la Congregación de la Santa Cruz, originalmente una comunidad Francesa, formada por Sacerdotes y Hermanos. Notre Dame se inauguró hace más de treinta años."

"Dices que está dirigido por Sacerdotes y Hermanos. ¿Qué quieres decir con Hermanos?"

"Son hombres que han consagrado su vida a Dios mediante los votos de pobreza, castidad y obediencia, pero que nunca pretenden ser sacerdotes. Visten hábito religioso y comparten todo lo de la Orden en común con los Sacerdotes. Nunca había oído hablar de nada parecido hasta que fui a Notre Dame. Créanme, hay algunos hombres maravillosos entre los Hermanos allí. Todos amábamos al Hermano Benoit, que era el Prefecto Mayor. Luego estaba el Hermano Cyprian, un verdadero santo.

Dicen que fue gracias a sus oraciones que un lirio floreció mucho antes de lo debido para que San José pudiera tener uno en su altar para su fiesta. Y conocí al Hermano Vincent, otro gran anciano. Llegó con los primeros Hermanos que vinieron de Francia. Y había otros que te encantaría conocer. Estoy seguro de que lo haría", dijo John, y era evidente que estaba profundamente interesado. "¿Y todos los Hermanos de Notre Dame enseñan en la escuela?"

"Oh, no: no todos. El Hermano Lawrence estaba a cargo de la granja allí. El Hermano Augustus era el sastre. Y había otros que no llegué a conocer por su trabajo.

Una luz extraña pareció entrar en los ojos de John O'Neill, y una extraña sensación de paz inundó su alma. ¿Será que fue a Notre Dame que Dios lo estaba llamando? ¿Sería él, con sus pies deformes, admitido en la Hermandad que había producido estos hombres maravillosos?

Los Hermanos de Santa Cruz, de los que habían estado hablando los dos zapateros, se llamaban originalmente los Hermanos de San José. Habían sido fundados por el Padre James Francis Dujarié, párroco de Ruillé, Francia, en 1820.

Este celoso sacerdote ya había fundado las Hermanas de la Providencia en 1807. Su segunda empresa fue la de organizar una sociedad de Hermanos cuyos miembros, viviendo normalmente en la vida comunitaria, pudieran ir individualmente, si fuera necesario, a hacer enseñanza en parroquias más pequeñas y en zonas rurales. . Su obispo, Mons. Claude Madeleine de la Myre, aprobó su proyecto en el verano de 1820, y en noviembre habían ingresado cinco jóvenes. Solo dos del grupo original perseveraron hasta la muerte.

Esta Comunidad, como casi todas las demás, tuvo sus pruebas. Durante el año 1828, el volcán de la Revolución Francesa arrojó el residuo de su sucia lava, y los efectos de esta erupción sobre la fe y la moral de Francia en 1829 pueden juzgarse por los estragos que produjo entre los Hermanos. Las vocaciones se hicieron raras y las deserciones numerosas. La oleada de abnegación que había llevado a Ruillé en menos de una década a unos trescientos jóvenes, salió en 1829 para no volver más cargada con su habitual cantidad de preciosos tesoros.

En 1835 el venerable Padre Dujarié, "agotado por años y enfermedades, informó a su obispo que ya no podía gobernar y guiar a los Hermanos de San José. Ofreció renunciar a su cargo en manos de Su Señoría, que a su vez podría encomendar la heroica banda a algún sacerdote digno. Monseñor Bouvier y los Hermanos fueron unánimes en la elección del Padre Moreau. Reconociendo el dedo de Dios en esta elección, y sintiéndose fuertemente atraído hacia la devota pequeña comunidad, cuya admirable vocación apreciaba profundamente, el Padre Moreau no dudó en aceptar el nuevo cargo."

El Padre Basil Moreau era profesor en el Gran Seminario de la ciudad de Mans, un sacerdote muy celoso que, junto con su enseñanza, encontraba tiempo para dar retiros y misiones. En 1835 reunió a seis jóvenes eclesiásticos y, con la autorización del obispo Bouvier, fundó los Sacerdotes Auxiliares de Mans. El año 1835, entonces, encuentra al Padre Moreau gobernando tanto a los sacerdotes como a los Hermanos, aunque no se unieron orgánicamente hasta el 1 de marzo de 1837. En ese momento, la nueva Comunidad se conocía como La Asociación de Santa Cruz.

La espléndida labor de los Hermanos en el campo educativo fue apreciada desde el primer momento. "Ya en 1836, el prefecto del departamento de Sarthe se había acercado al padre Moreau en nombre del Ministerio de Marina y Colonias con respecto a una fundación de Hermanos docentes en las posesiones francesas de Martinica y Guadalupe". En 1839 llegó una petición del obispo Dupuch de Argel de Hermanos para las escuelas de su diócesis, y al año siguiente los primeros misioneros fueron a África.

También en 1839, el padre Celestine de la Hailandiere, entonces vicario general del obispo Simon Brute de Vincennes, Indiana, hizo un llamamiento personal al padre Moreau en favor de algunos Hermanos.

Antes de que se diera una respuesta final, el Obispo Brute murió y el padre de la Hailandiere recibió la notificación de que sucedería en la sede vacante. Fue consagrado el 18 de agosto de 1839 y una semana después estaba con el Padre Moreau pidiendo maestros para sus escuelas.

Nada hubiera gustado más al Padre Moreau que haber podido enviar a los hombres de inmediato, pero debido a algunas dificultades para conseguir dinero para el transporte, no fue hasta el 8 de agosto de 1841 que los primeros misioneros zarparon hacia América. El grupo estaba formado por el Padre Edward Sorin, de sólo 27 años, que iba a ser Superior; el Hermano Vincent Pieau, de 44 años, el Hermano Anselm Caillot, de 15, y el Hermano Gatian Monsimer, de 14, que iban a ser profesores; el Hermano Joachim André, 33 años, sastre; el Hermano Marie Patois, más tarde conocido como el Hermano Francis Xavier Patois, 21 años, carpintero; y el Hermano Lawrence Menage, de 25 años, granjero. Se necesitaron treinta y nueve días para cruzar a Nueva York, y atracaron, simbólicamente, en vísperas de la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz.

Los primeros tres días en América los pasó en la casa del Sr. Samuel Byerley quien, a petición del Obispo Hailandiere, se reunió con los misioneros en el muelle. El cuarto lo pasó en el palacio de Su Excelencia, John Dubois, Obispo de Nueva York. Al día siguiente subieron en barco por el Hudson y de allí a Buffalo por el antiguo canal Erie, un viaje de siete días y medio. Cruzaron el lago Erie hasta Toledo en barco de vapor, un viaje de tres días. De Toledo fueron en barco a Miami y de allí a Napoleón. El siguiente tramo fue por tierra en carreta hasta Defiance, donde fueron por agua a Fort Wayne. Dos días después estaban en Logansport. La última vuelta a Vincennes cubrió una semana. Los pobres misioneros tardaron exactamente veinticuatro días en hacer el viaje de Nueva York a Vincennes.

Apenas tres días después, la pequeña comunidad fijó su residencia en San Pedro, un pequeño pueblo a veintisiete millas de Vincennes. La ciudad se jactó de cincuenta familias católicas.

El obispo le había dado al Padre Sorin un bosquejo de su trabajo: Cuidar de los católicos de St. Peter's, y en St. Mary's, y Mt. Pleasant, misiones cercanas; construir una escuela para los niños católicos de la localidad, y enseñarles; construir un noviciado y buscar reclutas para los Hermanos.

El Hermano Vicente fue nombrado maestro de novicios y en un año tenía doce sujetos, ninguno de ellos Francés. Ocho eran Irlandeses, tres Alemanes y uno Inglés.

Un mes después de su llegada a Indiana, los Hermanos dirigían una escuela en St. Peter's: seis meses después, una segunda, con unos treinta alumnos, en un lugar a algunas millas de distancia. ¡Pero el Padre Sorin quería un colegio! El obispo no estaba de acuerdo con esto porque había un colegio en la diócesis dirigido por los Eudistas.

Durante una segunda reunión con el obispo sobre el tema de un colegio, el prelado le dijo al Padre Sorin de una propiedad en el norte de Indiana que les daría. El sacerdote se apresuró a volver para discutir el asunto con los Hermanos y rezar por ello. El resultado fue que aproximadamente una semana después se aceptó el sitio cerca de South Bend.

El 16 de noviembre de 1842, dejando once Hermanos para venir más tarde, el Padre Sorin y siete Hermanos partieron hacia lo que entonces era y es hoy Notre Dame. Sólo dos de los Hermanos pertenecían al grupo original de Francia: el Hermano Marie Patois, más tarde conocido como Francis Xavier Patois, y el Hermano Gatian Monsimer. Los otros cinco: los Hermanos Peter Tully, Patrick Connelly, Basil O'Neil, William O'Sullivan y Francis Disser eran de los que se habían unido a la Congregación desde su llegada a St. Peter's. Era un viaje de más de 250 millas y se hacía durante el invierno en carreta y a pie. Los misioneros estuvieron once días en camino.

Los agotados viajeros llegaron a Notre Dame el 26 de noviembre y descubrieron que solo había tres pequeños edificios: una capilla que había sido erigida por el Padre Badin en 1834, una casa en la que había vivido su intérprete y una choza cerca de la capilla. Pero todos comenzaron a trabajar tan pronto como fue posible, y el trabajo iniciado por ellos nunca ha cesado. Incluso hoy en día, algunos de los edificios son de ladrillo hecho a mano por los pioneros Hermanos de la Santa Cruz.

Pero la Notre Dame a la que llegó John O'Neill el 9 de julio de 1874 no se parecía en nada a la que estamos acostumbrados. Quizás el único edificio en el terreno hoy, que ya existía cuando llegó, es lo que llamamos la Casa de la Misión. El Hermano Charles y sus hombres estaban ocupados construyendo la iglesia actual, pero no se terminaría hasta seis o siete años después.

El edificio principal en ese momento debe haber sido imponente, si no inspirador. Tenía una extensión frontal de 160 pies, una profundidad de 80 pies y seis pisos de altura. También tenía una cúpula y una estatua de Nuestra Señora. Este edificio albergaba a todos los estudiantes, desde los mínimos hasta los últimos años de la universidad, y contenía las aulas, las salas de estudio, los refectorios y las habitaciones privadas de los profesores.

El Reverendo Edward Sorin, el primer presidente de Notre Dame, todavía vivía, un hombre de tamaño moderado que llevaba el pelo bastante largo, pero mantenía el rostro bien afeitado. Participó activamente en todo lo que sucedía, pero durante los últimos siete años había dejado la dirección de la Universidad a otros.

Cuando John O'Neill llegó al campus, el Padre Auguste Lemonnier, sobrino del padre Sorin, era el presidente. Sin embargo, era un hombre enfermo y no estaba destinado a vivir hasta el año 1874.

La Escuela de Trabajo Manual de St. Joseph, la parte de Notre Dame que primero atrajo la atención del joven O'Neill al lugar, estaba ubicada más o menos donde ahora se encuentra Dillon Hall. En ese momento, St. Joseph's tenía alrededor de cincuenta aprendices, una buena indicación del valor de los cursos ofrecidos por los Hermanos.

. Pero John no estaba particularmente interesado en ninguna parte de la escuela. Había venido a Notre Dame para pedir permiso para unirse a los Hermanos de la Santa Cruz. Iría de inmediato a quien pudiera concederle esa petición.

Era una tarde bochornosa de aquel 9 de julio de 1874. En el pequeño pueblo de South Bend no había mucha gente en movimiento. Y entonces, John O'Neill caminó con la esperanza de encontrar a alguien que pudiera decirle como llegar al colegio Notre Dame.

Debajo de un árbol a la sombra frente a una cabaña, vio a un niño acostado.

"¿Podrías decirme, muchacho, cómo puedo llegar al colegio Notre Dame?"

El niño se incorporó, sin miedo, y miró al hombre alto y pelirrojo con la pesada cartera.

"Será mejor que le preguntes a mi mamá".

Y justo cuando el niño estaba a punto de levantarse, la voz de una mujer irrumpió en el cálido silencio.

"¿Qué es lo que quiere, Johnny?"

"Esa es mi mamá", le dijo el niño al extraño. Y luego a la madre: "Quiere saber cómo llegar al colegio Notre Dame".

Después de una discusión bastante larga que, a pesar de su extensión, no fue demasiado clara, John siguió su camino. En su estado de cansancio, lo que mejor recordaba era que el colegio todavía estaba a más de dos millas de distancia. Cuando finalmente llegó a la carretera que conducía a la escuela, descubrió que no era mucho más que un camino de carretas.

Eran casi las cinco de la tarde cuando John O'Neill vio por primera vez la estatua de Nuestra Señora de pie sobre la cúpula del Edificio Principal. Se detuvo un momento, cautivado por la vista. Miró sus pies deformados y luego de nuevo a Nuestra Señora. ¿Se encargaría ella de que sus pobres pies no le impidieran hacerse religioso, el anhelo de su corazón desde los catorce años?

De nuevo se adelantó, ahora con más confianza. Unos metros más adelante, a su izquierda, había un cementerio. Se quitó el sombrero al pasar y rezó una oración por las Pobres Almas. Junto a God's Acre había un jardín bien cuidado, cuyas largas hileras mostraban signos de cultivo reciente. Qué silencio estaba todo: ni un pájaro cantaba en los árboles inmóviles.

De repente, un monje vestido de negro salió de un edificio más adelante y caminó hacia un edificio alto que ahora lo dominaba todo. John se arrastró más rápido para alcanzar al monje que, al oír los pasos, se detuvo bruscamente y se dio la vuelta.

"¡Padre, soy un extraño aquí!"

"¡Bienvenido! Soy el Hermano Francis Xavier".

John O'Neill pareció perder un paso en su avance. No había sospechado que este hombre vestido de negro con el collar romano fuera un Hermano.

"Soy John O'Neill, Hermano, y he venido a ver si puedo convertirme en Hermano."

"Luego te llevaré a ver a nuestro Superior, el Padre Sorin.

¿Podrías por favor venir conmigo?"

A los pocos minutos el joven zapatero se encontró en presencia del Superior General de la Congregación de Santa Cruz. El pensamiento lo sobresaltó al principio y se sintió un poco nervioso, pero no pasó mucho tiempo antes de que se sintiera a gusto, incluso bajo los ojos penetrantes de este gran hombre.

"¿Y cómo se enteró de nuestra Congregación?" preguntó el sacerdote.

"De un graduado de su Escuela de Trabajo Manual, Padre", respondió el zapatero.

"¡Está bien! ¡Está bien!" asintió el padre Sorin.

"¿Y cree usted que le vendría bien a un pobre hombre como yo, Padre? Hace mucho tiempo que quiero servir a Dios de una mejor manera."

"Y has venido al lugar indicado, hijo mío. Ven, daremos una vuelta por el lago hasta el noviciado. Nuestros postulantes viven en la misma casa que los novicios."

El Padre Sorin tomó su birrete y un momento después los dos estaban en camino. Fue mientras paseaban y charlaban que Juan le dijo al Padre que era zapatero, que sentía que podía ser útil, y sobre todo que le gustaría aprender a amar cada vez más a la Virgen y al Sagrado Corazón y así asegurar su eterna salvación.

El padre Sorin quedó profundamente impresionado por la franqueza y sinceridad del joven y ni una sola vez dijo nada sobre su deformidad, ni siquiera dio una indicación de que se había dado cuenta.

En el noviciado, John fue presentado al maestro de novicios, el Padre Louage. Este buen sacerdote lo hizo sentir como en casa al entregarlo al cuidado de uno de los novicios.

Esa noche, debido a la presencia del Superior General que se quedó a cenar, se permitió a los novicios hablar durante la comida, y antes de que terminara el nuevo postulante se sintió uno más de la familia. En su alma había llegado la paz que tanto había buscado. Todos fueron extremadamente amables con él, y desde la hermosa imagen en la pared frente a él, los ojos benignos del Sagrado Corazón parecían mirar directamente a su alma.

Esa noche, en la capilla, a John se le dio un lugar desde el cual podía mirar directamente hacia una hermosa estatua del Sagrado Corazón, y mientras su atención estaba principalmente centrada en el tabernáculo, de vez en cuando sus ojos se desviaban hacia la estatua.

Siguieron día tras día de maravillosa paz. El 1 de septiembre, el Padre Louage llamó a John a la oficina y le dijo que había sido aceptado por el Consejo y que la fecha para la recepción del Hábito sería el 8 de septiembre.

De hecho, este fue un día feliz para John O'Neill. El deseo de su corazón era otro paso hacia la realización. Él y sus compañeros hicieron el Retiro requerido antes de la recepción y se prepararon para el gran día en que se despojarían del atuendo del mundo y tomarían la librea de los siervos de Dios en Santa Cruz.

El 8 de septiembre es la fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen y un día muy apropiado para la recepción del Hábito. El 8 de septiembre de 1874 fue un gran día para los Hermanos de la Santa Cruz porque marcó el nacimiento en sus filas de un Hermano que durante su vida traería gloria y distinción a su Comunidad. Y, de hecho, fue un día maravilloso en la vida de John O'Neill porque lo apartó del mundo para una obra especial para Dios.

Las ceremonias de vestimenta y las oraciones que las acompañan son muy indicativas de esa separación. Cuando los postulantes entran al presbiterio, el ministro oficiante bendice las velas, con esta oración: "Señor Dios, Padre Todopoderoso, luz verdadera y fuente de toda luz, derrama tu bendición sobre estas velas, y como alumbraste el camino de Moisés que iba fuera de la tierra de Egipto, guía así a Tus siervos, que por amor a Tu nombre, ahora abandonan el mundo, para que puedan merecer la vida eterna por Cristo, nuestro Señor. Amén."

A cada postulante se le entrega una vela con la admonición: "Recibid esta luz: dejadla brillar en vuestras manos, como símbolo de las buenas obras de las que debéis dar ejemplo, y de las incesantes alabanzas que debéis rendir a un Dios que ha sido tan misericordioso contigo".

A continuación se canta el *Veni Creator*, rogando al Espíritu Santo que ilumine a quienes están a punto de tomar sobre sí el yugo de Cristo.

Cuando termina, el ministro oficiante dice: "Hijo mío, ¿qué deseas?" A esto responde el postulante: "Reverendo Padre, le pido el Hábito de esta Congregación, y la merced de que se me permita hacer mi prueba en los ejercicios del Noviciado."

Luego se bendicen los hábitos y se entregan a los postulantes con estas palabras: "Recibid este hábito, símbolo del hombre nuevo, que debéis revestir por vuestra muerte al mundo y vuestra unión con Jesucristo". Luego se retiran a la sacristía para vestirse con su atuendo religioso.

Cuando las novicias regresan, vestidas con sus hábitos, son rociadas con agua bendita mientras el sacerdote dice: Escucha, Señor, nuestras súplicas, y dignate bendecir y santificar a estos tus siervos, renunciando al camino del mundo; y a quienes, confiando en Tu Santo Nombre y en la intercesión de San José, vestimos con este santo hábito para que en él te sirvan fielmente, permanezcan constantes, vivan sobria, piadosa y justamente, esperando una bendita inmortalidad y Tu venida, que vive y reina un solo Dios, mundo sin fin. Amén.

Cuando terminó este servicio ese 8 de septiembre de 1874, John O'Neill era conocido como el Hermano Columba. Luego comenzó ese año de formación intensiva conocido como el noviciado. Durante ese tiempo se le informó a fondo de todas sus obligaciones y privilegios, y se le dieron muchas oportunidades para practicar las virtudes de su nueva vida. Durante ese período, también, el Maestro de Novicios tuvo tiempo de observar a su aspirante, corregirlo cuando era necesario y asegurarse de si se le permitiría o no permanecer en la Congregación.

Durante ese año pasado en la casa del noviciado, el Hermano Columba sentó las bases profundas de las virtudes por las que más tarde se hizo famoso: la fe, la humildad, la caridad. Aquellos que lo conocieron casualmente no habrían notado nada inusual en él:

aquellos que convivieron con él apreciaron sus excelentes virtudes. Había muy pocos de cualquier clase en ese momento, pero llegaría un día en que sería conocido y amado por miles, muchos de los cuales nunca conocería.

Desde que el Hermano Columba dejó el noviciado hasta el 15 de agosto de 1876, trabajó en la zapatería de la Comunidad y pronto demostró que era un zapatero consumado. Pero ningún trabajo, ya fuera simplemente un poco de costura o la confección de un nuevo par de zapatos, recibió menos que su mejor consideración. Sabía que las cosas pequeñas eran muy importantes y por eso las hacía bien.

Notre Dame ha tenido varios grandes incendios durante su siglo de existencia, y en estos se han perdido muchos registros importantes. Lo que sí tenemos, sin embargo, muestra que el 15 de agosto de 1876, la gran fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, se consagró irrevocablemente a Dios por los votos de pobreza, castidad y obediencia. Estos votos constituyen la esencia de la Vida Religiosa: son hechos por aquellas almas generosas que quieren seguir a Cristo más de cerca que los cristianos comunes. Están hechos por los héroes de Dios, y su observancia exige un sacrificio constante.

En la Congregación de Santa Cruz hacen un cuarto voto los que se sienten llamados al trabajo de las misiones extranjeras. No se exige a nadie, pero el Hermano Columba quiso ponerse a la entera disposición del Superior general y por eso hizo el voto de misión extranjera.

La dignidad y solemnidad de los votos son comprensibles por la redacción de la fórmula en uso en la Congregación:

"Yo, John O'Neill, Hermano Columba, indigno como soy, pero sin embargo confiando en la Divina Misericordia y deseando ardientemente dedicarme a la Adorable Trinidad, hago para siempre a Dios Todopoderoso los votos de Pobreza, Castidad y Obediencia, según el sentido de las Reglas y Constituciones de esta Congregación, y el voto de ir a cualquier parte del mundo que el Superior General quiera enviarme, en presencia de Nuestro Señor Jesucristo, de la Santísima Virgen María, concebida sin pecado, de su digna esposo, San José, y de toda la corte celestial."

Ese día de agosto cuando el Hermano Columba puso su firma en sus votos, era uno de los hombres más felices de la tierra. Finalmente había alcanzado el gran deseo de su corazón. Inmediatamente se ofreció como voluntario para ir a la India en nuestras misiones en el extranjero, y también para ir a Molokai a ayudar al Padre Damián en su magnífica labor entre los leprosos. Nada era demasiado heroico para esta alma generosa. Por el momento, sin embargo, tuvo que contentarse con remendar zapatos de la Comunidad en Notre Dame. Quizás para su alma ardiente se requería más heroísmo para eso que para ir a la India o a Molokai.

Menos de un mes después de su Profesión, el Hermano Columba fue enviado con el Hermano Peter y el Hermano Raymond para hacerse cargo del Asilo de Huérfanos St. Joseph en Lafayette, Indiana. Había sesenta niños en el asilo en ese momento, y ese número aumentó gradualmente durante los nueve años que el Hermano pasó allí, hasta que en 1885 había ciento quince.

En el verano de 1885, el Hermano Columba recibió una Obediencia para regresar a Notre Dame y asumir sus funciones en la zapatería de la Comunidad. La tienda estaba ubicada en la parte central de un edificio en expansión comúnmente conocido como Los Talleres. El edificio se encontraba donde ahora se encuentra Dillon Hall:

albergaba los talleres de hojalatería, electricidad, plomería y carpintería, y el establecimiento empresarial. Varios laicos estaban empleados en la zapatería además de los Hermanos, porque el siempre creciente departamento de trabajo manual del colegio requería más ayuda de la que la Comunidad podía dar.

El Hermano Columba continuó ejerciendo su oficio en el mismo lugar durante los siguientes siete años. En ese momento el Padre Sorin estaba enfermo y tenía que pasar la mayor parte de sus días en su habitación. Por alguna razón, desconocida para nosotros en la actualidad, nombró al Hermano Columba como su enfermero privado. Las Hermanas de la Santa Cruz, por supuesto, prodigaron todos los cuidados al Padre Sorin, pero él todavía dependía del Hermano Columba.

El Hermano cuidó al anciano sacerdote con suma devoción. Sabía que el padre Sorin había trabajado duro y durante mucho tiempo al servicio de Dios y tenía derecho a las pequeñas comodidades que podía darle. El hermano Columba nunca estuvo más allá de la llamada del hombre enfermo durante los siguientes dos años. A medida que avanzaba la enfermedad del Padre, éste se hizo cada vez más indefenso, hasta que el 31 de octubre de 1893, el anciano Fundador pasó pacíficamente a su recompensa.

Después de la muerte del Padre Sorin, el Padre William Corby, Provincial, capellán de la Guerra Civil y dos veces presidente de Notre Dame, dio al Hermano Columba Obediencia para volver a la zapatería y la tienda de zapatos, cargo que ocupó durante más de un cuarto de siglo. De vez en cuando se cambiaba la ubicación de la tienda, pero no importaba lo que el progreso o la necesidad exigieran, el agradable, servicial, ferviente Hermano Columba siempre estaba allí y siempre era el mismo.

Un día su Superior Provincial decidió que el Hermano debía ir a Chicago a ver al entonces famoso cirujano, el Doctor Senn, quien había ganado merecidamente renombre por su habilidad. El Hermano cedió de inmediato a obediencia, aunque no le importaba un comino si cojeaba o no. Lo que más temía era el gasto para su Comunidad. Pero fue, y la operación fue tan exitosa que pareció casi un milagro. En lugar de sus torpes movimientos anteriores, Hermano ahora solo cojeaba levemente.

De regreso a su puesto, el Hermano trabajó más duro y durante más tiempo que nunca. Estaba decidido a compensar los gastos incurridos. Y aquellos que lo conocían mejor sabían que oraba más tiempo y más ardientemente también.

Entonces, un día, el Hermano entró en su tienda con una nueva estatua del Sagrado Corazón en la mano. Fue un regalo de un amigo, algo que el Hermano quería desde hace mucho tiempo. A la estatua se le dio un lugar de honor en la tienda, y de vez en cuando los ojos de Hermano se levantaban de su trabajo hacia donde los ojos de la estatua lo miraban.

Tiempo después el Hermano se presentó con una caja de luces de velatorio, ya partir de ese día lo primero que hizo al llegar por la mañana fue encender la vela ante la estatua. No pasó mucho tiempo antes de que se corriera la voz sobre el santuario y, con la misma velocidad, los comentaristas se dividieron en dos bandos, a favor y en contra de la innovación. Poco soñaba el buen Hermano, cuando erigió su pequeño santuario, que incluso se notaría, por no decir que surgiría una controversia al respecto. Pero no le molestó: tenía el permiso de su superior y eso era todo lo que necesitaba.

Un día, no mucho después, el Hermano Columba llegó a la tienda con un paquete de tela para hacer insignias del Sagrado Corazón.

"Hay momentos en los que no estoy ocupado", le dijo a uno de sus ayudantes, "y tengo la intención de usarlos para hacer insignias del Sagrado Corazón. Serán más sustanciales de lo que se puede comprar y costarán menos. Quiero para poder dárselos a los que los pidan, o a los que de ellos se sirvan".

El hombre escuchó con una ceja levantada, pero no hizo ningún comentario. El Hermano estaba a cargo de la tienda; él era el jefe: que hiciera lo que quisiera.

Pronto, sin embargo, a pesar de los dedos rígidos y encallecidos de Hermano, la cantidad de insignias terminadas fue aumentando, y eso a pesar del número que regalaba cada día.

Una vez más surgió la oposición: una vez más se definieron claramente dos campos.

"¿Por qué alguien debería enojarse por el hecho de que entrego pequeñas insignias del Sagrado Corazón?" preguntó a un amigo cuándo le llegó la noticia de la oposición.

"No me preocuparía por eso, Hermano. Las cosas buenas a menudo se ven obstaculizadas tanto por la ignorancia como por la malicia."

"Oh, no estoy preocupado por eso en absoluto. El material me fue donado y tengo permiso para usarlo para ese propósito. Sin embargo, es extraño la cantidad de comentarios que está causando".

"Es publicidad, Hermano. Solo espero que puedas satisfacer la demanda".

Y ese era el verdadero trabajo. El Hermano Columba continuó dedicando solo su tiempo libre a hacer las insignias, pero un estudiante le contó a otro cómo consiguió la suya, por lo que el número de personas que las deseaba aumentaba constantemente.

En aquellos días, el Hermano Columba usaba sus insignias solo como un medio para difundir el conocimiento y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, una devoción que él mismo había practicado durante años, y que sabía de su lectura en la Vida del ahora San. Santa Margarita María que el Sagrado Corazón quiso difundir por todo el mundo. Al Hermano Columba nunca se le pasó por la cabeza utilizarlos como instrumento para inspirar la fe en la curación de enfermedades físicas. Simplemente se las dio a los estudiantes que entraban en su tiendita y les pedía que las llevaran colgadas al cuello o en los bolsillos.

En ese momento, Notre Dame no era conocida como la "Ciudad del Santísimo Sacramento". Rara vez se mencionaba la devoción al Sagrado Corazón, y ni siquiera se soñaba con la maravillosa práctica de cientos de niños y jóvenes que iban diariamente a la Sagrada Comunión.

El Hermano Columba no se erigió en profeta, innovador o reformador. De nada.

Él solo hizo lo que pudo para que otros compartiesen su amor y devoción por el Sagrado Corazón de Jesús. Nada más que eso había pasado por su mente.

Pero pronto llegaría un momento en que gran parte de esto cambiaría. Más pronto, ciertamente, de lo que cualquiera podría haber soñado.

En uno de esos cambios frecuentes por crecimiento o necesidad, la tienda del Hermano Columba fue trasladada de su antigua ubicación en 'The Shops' a una habitación en el primer piso al frente de Washington Hall. El cambio significó muy poco para él, pero fue en ese momento cuando los amigos donaron algo de dinero para permitirle ampliar su esfera de influencia religiosa.

Durante años el Hermano Columba, además de su devoción al Sagrado Corazón de Jesús, tuvo una devoción filial a Nuestra Señora bajo la advocación del Inmaculado Corazón. Mientras vivió en Notre Dame, la Ciudad de Nuestra Señora, esa devoción aumentó, y ahora que pudo, produjo cientos de pequeños cuadros del Inmaculado Corazón y se los dio a todos los que entraron a la tienda. A cambio, le pidió al destinatario que recitara la pequeña oración impresa en el reverso de la imagen. Los estudiantes pidieron copias para enviar a sus padres, sus antiguos maestros y amigos. Nunca se sabrá cuántos cientos de estas pequeñas imágenes regaló el Hermano. ¿Quién podrá estimar el bien realizado de esta manera?

Parece que la distribución de las estampas del Inmaculado Corazón no aportó mucho al rincón de la oposición, pero había otra devoción que el Hermano comenzó a defender que realmente les pareció una innovación a algunos, y era el rosario del Santísimo Sacramento.

Este autor no sabe exactamente dónde adquirió el Hermano Columba su primer par de cuentas del Santísimo Sacramento. Sería interesante saber. Pero de repente apareció, no con un par de cuentas, sino con docenas de ellas, y las repartió tan libremente como lo hizo con sus insignias del Sagrado Corazón y las imágenes del Inmaculado Corazón.

El Hermano siempre tuvo cuidado de explicar el uso de la insignia o el rosario antes de entregar el objeto a la persona que lo pidió. Quería estar seguro de que la persona se daría cuenta del valor que podría obtener del uso de los sacramentales.

Un día, un hombre muy conocido del Hermano Columba entró en su tienda para hablar con él. El Hermano le preguntó si tenía un rosario del Santísimo Sacramento.

"Nunca escuché tal cosa, respondió el hombre".

Luego, el Hermano se agachó y sacó un par de cuentas de debajo del mostrador.

"Aquí están", dijo, mirando fijamente a su amigo.

Entonces el Hermano comenzó una explicación del método de uso del rosario. Era muy minucioso en su instrucción, pero parecía más atento a observar a su visitante que a las cuentas que sostenía en sus manos.

De repente, otra persona entró en la habitación. Casi instantáneamente, el Hermano le tendió las cuentas al recién llegado.

"Toma, llévate esto"; dijo sin mirar al primer visitante, "no las dirá de todos modos."

No se sabe si al Hermano Columba se le dio una idea de la mente del hombre o no, pero un poco más tarde el hombre dejó la Iglesia, se casó fuera de su ámbito, y desde entonces nunca se supo que hubiera ido a los sacramentos.

En otro momento, dos Hermanos jóvenes llegaron a la zapatería para comprar zapatos nuevos. El Hermano Columba los atendió como de costumbre. Cuando consiguieron lo que querían y se iban, el Hermano llamó al mayor y le comentó secamente: "Tu amigo no se peinará las canas en la Comunidad".

El joven Hermano no mencionó la declaración a su compañero y, de hecho, le dio muy poca atención en ese momento. Sin embargo, unos meses más tarde, el novicio se había ido a casa.

Fue alrededor de este tiempo en nuestra historia---1910---comenzó a correr la voz de que el Hermano Columba estaba haciendo 'milagros'. De conformidad con los decretos de varios Papas, y especialmente con los de Urbano VIII, declaramos que estamos dando al uso de palabras tales como curas, milagros, etc., sólo su significado puramente natural. Sólo estamos repitiendo tales eventos tal como fueron contados o nos han llegado por escrito. Nos sometemos ahora y en el futuro a la Iglesia infalible que es la única que tiene derecho a pronunciarse sobre tales asuntos. Todavía quedan vivos muchos de los miembros de nuestra Comunidad que visitaron a menudo al Hermano Columba en este momento y todos están de acuerdo en que habló de 'curas' que habían tenido lugar tanto en su tienda como en otros lugares.

Sabemos, también, que su correspondencia a través de los meses comenzó a aumentar rápidamente. La gente le escribía pidiéndole insignias, que orara por ellos, e incluso que los curara.

Uno de los Hermanos que trabajaba en la oficina de correos le dijo al escritor que el Hermano Columba solía recibir de veinte a treinta cartas por día.

Sabemos que el Hermano Columba escribió muchas cartas en respuesta a las que recibió. Se recordará que el Hermano no tenía mucha educación formal, y las cartas tuyas que tenemos a nuestra disposición en este momento ciertamente prueban que sabía muy poco de ortografía, puntuación y construcción gramatical. Pero estas cosas no le molestaban: escribía lo que le dictaba el corazón sin importar la gramática.

Un día esta falta de educación le fue traída a la fuerza. Estaba trabajando en su tienda cuando entró el Presidente de la Universidad.

El Hermano le habló muy amablemente como era su costumbre, pero no pudo evitar notar que el presidente no estaba de su mejor humor.

"Hermano", comenzó lentamente, "escribes muchas cartas, ¿no?"

"Sí, Padre. Lo hago".

"Y las escribes en papel de la Universidad".

"Sí, Padre. En una de esas tabletas", y el Hermano tomó un bloc de papel con el nombre de la Universidad impreso en tinta azul en cada página. Era papel de escribir común y corriente, del tipo que se vende en la librería de la Universidad y que usan todos los estudiantes del campus.

"Bueno, Hermano", continuó el sacerdote, a una velocidad un poco más lenta, escogiendo sus palabras con cuidado, "Creo que le enviaré un par de estudiantes como secretarios para que se ocupen de su correspondencia. Creo que sería mucho mejor de esa manera. Puede esperarlos mañana o al día siguiente".

Dicho esto, el Presidente se retiró, dejando al Hermano Columba un poco perplejo por el asunto. ¿Qué quería con las secretarias? No podía dictar letras. No quería que los jóvenes estudiantes se sentaran a escribir sus cartas para él. Bueno, hay que hacer algo al respecto. El Hermano se levantó, cerró su tienda e hizo una visita rápida al Provincial.

El Provincial era un gran hombre en todos los sentidos. Independientemente de quién entrara en su oficina, parecía estar listo para cualquier cosa, por lo que cuando entró el Hermano Columba, lo saludó calurosamente.

Como el Hermano tenía una sola razón para su visita, se decidió por ella de inmediato.

"El Presidente dice que me va a enviar dos secretarios para que escriban mis cartas por mí. ¡No quiero que nadie escriba mis cartas!"

"¡Dos secretarias!" exclamó el Provincial. "¿Quién te envía las secretarias?"

"El Presidente. No los quiero, Padre. Tengo que escribir lo que me venga al corazón. No puedo dictar mis cartas".

El Padre Provincial miró al Hermano un momento en silencio, y luego dijo: "No se preocupe por eso, Hermano. Simplemente siga adelante y escriba de la manera que desee. Y si el Presidente lo molesta nuevamente, solo diga que dije que si pudieras deletrear y puntuar tan bien como algunas de las personas importantes de aquí, no estarías obrando milagros."

Con eso, el Hermano Columba volvió a su tienda un hombre satisfecho y feliz. No se sabe si el presidente alguna vez dijo algo más sobre este tema, pero sí sabemos que el Hermano continuó escribiendo sus propias cartas en el papel regular.

Y por lo que podemos aprender, tenía más y más cartas para escribir. La gente de South Bend y de los pueblos y ciudades de los alrededores vino al campus para ver al "hombre milagroso". Una vez más se mostraron los pros y los contras. Algunos presentaron el argumento de que el campus estaba siendo invadido por forasteros; que había peligro para la salud de los estudiantes y de la Comunidad por los enfermos que constantemente venían a contarle sus males al zapatero. Se debe poner fin a esto de una vez. Varios acudieron al presidente al respecto y finalmente lo influenciaron para que le dijera al Hermano Columba que tendría que parar. Pero el Presidente cometió el error de asumir que él era el Superior del Hermano, lo cual no era. Si lo hubiera sido, habría sido obedecido de inmediato, porque el Hermano Columba siempre fue obediente. Así las cosas, el Hermano se limitó a recordarle que no sólo tenía el permiso de su Superior local, sino también el de su Provincial. El Presidente se retiró de inmediato, dándose cuenta de que se había excedido en su autoridad; pero sin embargo no convertido a la forma de hacer las cosas de Hermano.

Por el momento, sin embargo, el Hermano Columba continuó con su trabajo y sus oraciones. Su confianza en el Sagrado Corazón era lo suficientemente fuerte como para saber que todo saldría según el plan de Dios.

A partir de este punto de nuestra historia, el 9 de octubre de 1912, no tenemos que confiar enteramente en la palabra de quienes, como este escritor, conocieron personalmente al Hermano Columba, pues tenemos a nuestra disposición una larga serie de cartas de puño y letra del Hermano. . Y sin duda hay muchas otras cartas en posesión de los amigos y clientes del Hermano. Las cartas mencionadas fueron escritas a un amigo clérigo en Iowa y cubren un período de diez años. La mayoría de ellos son respuestas a cartas del sacerdote, y dado que no tenemos sus cartas al Hermano, el significado de algunas de las respuestas en las cartas del Hermano no siempre es evidente.

En la primera carta el Hermano nos da una idea de su método de acercamiento: "Rezaré también por la niña enferma. Le das una insignia para que se ponga y le dices que diga, 'Sagrado Corazón de Jesús, cúrame', cinco veces un día por un tiempo. Ofrezcamos su curación a través del corazón de la Santísima Virgen".

Es evidente que el Hermano está en terreno seguro cuando va a Jesús a través de María. En esto está siguiendo la práctica de los santos. También está claro que él espera la curación ya que dice claramente: "Ofrezcamos su curación a través del Corazón de la Santísima Virgen."

En una carta del 16 de noviembre, escribe: "Haré una novena por las dos intenciones. Unos lo consiguen y otros no. Estoy curando bastantes casos de asma. Uno agonizante de Indiana Harbor, abandonado por el médico. Mujer escribe qué cura tan maravillosa has obrado en mí. Recibo cartas de todas partes. Aún así, nunca pongo una línea en un papel. . . No tengo gastos de ningún tipo de los que valga la pena hablar. Si rezo por ello".

Después de firmar esa carta, el Hermano agregó una posdata: "Tengo una niña con muletas en Detroit. Le dije (a ella) que enviara las muletas. No se ría".

Hay ciertas cosas sobre la carta anterior comunes a todas las que tenemos. En primer lugar, es de destacar que el Hermano está constantemente orando; en segundo lugar, muestra una franqueza infantil al hablar de las curas; en tercer lugar, se asombra de que la gente sepa hablar de él ya que nada aparece en los periódicos; y, por último, su confianza perfecta en el Sagrado Corazón. "Cuando quiero dinero lo obtengo si rezo por él". "Le dije que enviara las muletas." Luego, también, hay ciertas expresiones que usa regularmente: "Algunos lo consiguen". Con eso quiere decir una cura. Otra expresión común es, "No te rías". Y antes de su firma, como un cierre de cortesía, escribe curiosamente, "Amor bondadoso". Uno recuerda la sencillez de San Francisco de Asís.

La última carta que tenemos de 1912, fechada el 20 de noviembre, dice así:

Querido padre:

"Recibí su carta de bienvenida. Envíe a toda su gente afligida. No es ningún problema para mí. A veces tengo sesenta novenas. Tuve dos curas el domingo. Una, una llaga que supuraba. Está curada. : una señorita. Tan pronto como se puso la placa, la tos se le quitó. Tengo un lunes: un hombre joven, casado en Irlanda. No ha bebido desde agosto."

Me pidieron que visitara a una señora en el hospital. Parece que no hay esperanza, fue operada.

" Me dijo que la colocaron en la cama por la noche y por la mañana se ahogó con pus en la nuca". Ella está en casa y bien ahora y en su trabajo. Dijo que después de que me fui, el pus dejó de salir, y los médicos no podían entenderlo. Si decían sus oraciones, lo harían."

"Llevo a la gente a su deber, a doce años de distancia; y bautizo a los niños. Así que ven que tengo un buen trabajo. Contesté tres cartas: no les digo mucho. Tengo un poco de tiempo entre horas en la zapatería."

En esa carta tenemos el primer indicio de que el Hermano salió del campus para visitar a las personas que no podían venir a verlo. A lo largo de los años que siguieron, el Hermano hizo muchos viajes, algunos de ellos lejos de casa; pero siempre a petición o permiso de sus Superiores. Con frecuencia la gente venía por él y lo llevaba a los hospitales o a las casas de sus enfermos. Tales cosas no parecían molestar al Hermano en lo más mínimo. Cuando la Obediencia le permitía o le pedía que fuera, iba como un niño a una fiesta.

En esa carta también tenemos la primera mención de la vasta obra espiritual que trató de hacer por aquellos que estaban aún más necesitados de ella que del alivio físico.

Imprimir una carta tras otra y hacer comentarios sobre ellas sería quizás demasiado cansador para el lector, por muy interesantes que sean las cartas. De aquí y de allá, sin embargo, se dará una cita cada vez que arroje una nueva luz sobre el carácter del Hermano o sobre su trabajo.

En una carta fechada el 17 de enero de 1913, leemos: "Fui a St. Mary's, una escuela de niñas, a una milla de aquí. Últimamente tuvieron varias curas allí. Mientras estuve allí, diez Hermanas vinieron a mí por curas. (Ellos) se arrodillaron ante mí para hacer la señal de la cruz en ellos con la insignia. ¿No te mataría eso? Nunca busqué eso. Dios me honra y me humilla al mismo tiempo."

El 12 de agosto de ese año entra en sus cartas una nueva nota: "Trajeron aquí una niña paralítica y un niño tísico de una sola familia.

Los protestantes. Los dos se están curando. Los protestantes casi todos lo consiguen. El Hermano admiró la gran fe mostrada por estas personas.

Es muy interesante notar, al leer las cartas del Hermano de 1914, que él no menciona la terrible guerra que está ocurriendo en Europa. Toda su atención está puesta en su trabajo, en sus oraciones y en los pobres que acuden a él o a los que él es enviado por sus Superiores.

En una carta del 30 de octubre de 1914, leemos: "Tuve que levantarme (de) la cama para ir a un loco. Fueron necesarios dos hombres para sujetarlo. Nunca escuchaste tales palabrotas. Pensé que el diablo estaba allí. El cura y el médico estaban allí. Lo bendije con la insignia y me senté a orar. Se durmió y despertó en (la) mañana curado".

Pero no todas las cartas del Hermano al sacerdote se dedican enteramente a las curas. Algunos de ellos son muy humanos, como el del 4 de noviembre de 1914. "Todo se volvió Demócrata en este estado, condado y municipio. Bastantes Católicos en la boleta. Perdimos cincuenta y dos cabezas de novillos con fiebre aftosa. Ganado que compramos para matar." Esas notas son breves, sin embargo, y él vuelve de nuevo a su devoción al Sagrado Corazón. "No me olvidé de su gente de color. • . Si vuelvo a ir a Keokuk iré a su iglesia y les enseñaré la devoción al Sagrado Corazón y les daré insignias e imágenes. . . No diré nada sobre la conversión. . . Que el Sagrado Corazón haga el resto."

Desde hace bastante tiempo, el Hermano Columba esperaba un santuario especial para el Sagrado Corazón en Notre Dame. La primera mención de ella en las cartas que tenemos es una fechada el 11 de noviembre. En esa carta dice: "Oré para tener un milagro que la gente pudiera ver... Nunca hice eso antes. Mi objetivo era conseguir un santuario. La gente debe ver algo". No estaba destinado a hacer realidad su sueño de un santuario grande y separado.

A medida que pasaban los meses, el número de personas que venían al campus aumentaba constantemente. Cada correo que llegaba traía su cuota de cartas. El número de viajes que el Hermano se vio obligado a hacer por Obediencia le obligó a entregar la mayor parte del trabajo del taller a otros. Casi todos los días oía hablar de una serie de curas.

El 12 de octubre de 1915, escribe a su amigo sacerdote: "Tuve dos casos de trismo. Protestantes, ambos curados. Uno era hombre, la otra mujer. Hice (la) Señal de la Cruz en su boca con la insignia. La boca del hombre se abrió de inmediato: la de la mujer en dos días. Ambos están perfectamente curados. Termina la carta diciéndole al sacerdote: "Ora al Corazón de María. Así (es) cómo obtuve tantos favores. Hice 25.000 insignias del Inmaculado Corazón antes de hacer nada con el Sagrado Corazón."

Tenemos sólo cuatro cartas del Hermano Columba para el año 1916. En la fechada el 5 de diciembre, leemos: "La señora estuvo cuarenta años en cama. Después de la novena se levantó y anda trabajando". También señala: "Están arreglando la Log Chapel para que pueda estar allí los domingos".

Pero el Hermano no pudo usar el Log Chapel, porque poco después de escribir la carta contrajo la influenza. Una epidemia de la enfermedad se extendió por el país durante la Primera Guerra Mundial. Notre Dame no escapó al flagelo, y tanto jóvenes como adultos se vieron afectados. A pesar del hecho de que el Hermano Columba tenía casi sesenta años, sintió que tenía que hacer su parte para ayudar a los enfermos. Con su vitalidad sobrecargada, se convirtió en víctima de la enfermedad y pronto se desesperó de su vida. La Comunidad redobló sus oraciones, y amigos de todas partes del país asaltaron el cielo por su recuperación. Sobrevivió a la enfermedad, pero nunca recuperó su robusta salud anterior.

El 20 de enero, escribió: "Estoy bien otra vez. No tan fuerte, pero me veo igual. Pensaron que iba a morir como era viejo y (era) una enfermedad terrible. Supongo que las oraciones salvaron me enseñará a sentir algo por los demás."

Tan pronto como el Hermano pudo moverse, volvió al trabajo. Los visitantes llegaban todos los días, y por sus cartas sabemos que nuevamente hizo viajes a varios lugares para ver a personas que estaban demasiado enfermas para acudir a él. En su carta del 30 de abril, leemos: "No me gusta ir muy a menudo, pero casi nunca pierdo la cura cuando salgo". En la misma carta él agrega: "El próximo domingo abriré mis visitas en la Capilla de Troncos. Está bien arreglada".

Todas las cartas de este año hablan de joyas y piedras preciosas que la gente está enviando. El Hermano tiene la intención de fundir el oro y convertirlo en hermosos cálices que se pueden tachonar con gemas. Señala, también, que se está enviando dinero para la construcción de un santuario adecuado para el Sagrado Corazón.

Solo hay una carta en nuestro archivo para el año 1918. En ella, el Hermano dice que pasó veinticuatro días en Joliet, Illinois. "De uno a doscientos por día. Vinieron todas las clases, y los negros obtienen tantas curas instantáneamente cuando los bendije... Cientos fueron curados... Viniendo todo el tiempo de los pueblos cercanos y de Chicago".

Mientras el Hermano Columba estaba en esta estada en Peoria, un ministro protestante local, el Reverendo Carl F. Bruhn, escribió el siguiente artículo para el Joliet Evening Herald-News:

"¿Ha pasado la era de los milagros? Si Jesús realizó curaciones maravillosas hace diecinueve siglos, y si Él es, como creen los cristianos, el eterno y todopoderoso, ¿no se pueden lograr hoy las mismas curas físicas que los evangelios registrar en los días de Su carne?"

"Hay algunos en todas las épocas que han creído que la respuesta a estas preguntas debería ser un rotundo Sí. Hoy en día hay muchos en Joliet que creen que pueden testificar como testigos presenciales que han visto estas cosas en los últimos días."

"El Hermano Columba, que vive en la Universidad de Notre Dame, ha estado en Joliet durante algún tiempo y vino aquí en primera instancia para buscar alivio para la señorita Agnes McFadden, que sufría de neuritis después de una operación. Grandes multitudes se han reunido todas las noches en la casa de la Sra. Ann Delaney, donde el Hermano Columba está haciendo su hogar mientras está en Joliet. Se dice que este hombre sencillo con una fe infantil realizó muchos casos de curaciones notables en respuesta a la oración.

"A un reportero del Herald-News, el Hermano Columba le dijo que el poder no estaba en él mismo, que no entendía cómo ni por qué podía hacer estas cosas y no otras, o por qué algunos parecían ser ayudados y otros no. Dijo que estaba de visita en la ciudad en interés de los enfermos y afligidos y que se quedaría mientras pudiera ayudar. No busca publicidad ni recompensa personal por su trabajo."

"Entre las curas que se dice que se lograron en Joliet se podría mencionar la restauración del habla a Bessie Egan, quien ha estado sin habla durante cuatro años como resultado de la escarlatina. Elizabeth Delaney, quien perdió la vista de un ojo hace diecinueve años, dice que puede ver mejor de lo que lo ha hecho durante años. Una niña de trece años que era sorda recuperó la audición y la neuritis de la señorita McFadden se alivió mucho."

"Dice el Hermano Columba que ha curado dementes, ciegos y sordos y mudos, muchos enfermos de cáncer, y otros de rabia y trismo. Dice que mil trescientas curaciones han sido por correspondencia con los que no podían venir personalmente, durante el día lo llevan a varios hogares para atender a los enfermos que no pueden ir a verlo."

Cuando se le preguntó si la fe era una condición necesaria por parte del individuo que buscaba alivio, el sanador dijo:

"Nadie puede esperar ser curado si está descuidando su deber. El Señor puede sanar a estas personas, pero no es probable que lo haga. Curar el cuerpo no es una verdadera bendición a menos que también se cure el alma.

Algunas personas piadosas no lo son curado, y parece que el Señor no puede hacer santos a algunas personas a menos que les quite los puntales".

"Él no hace distinción entre Católicos y Protestantes en lo que se refiere a la curación. Cuando se le preguntó el método de curación, dijo:"

"Esto no es Ciencia Cristiana, sino oración al Sagrado Corazón de nuestro Señor."

"La insignia del Sagrado Corazón se entrega a la víctima y se debe repetir una oración especial. A los Protestantes se les dice que recen a su manera."

"Epilépticos, enfermos de tuberculosis y personas afligidas de todo tipo están siendo llevados a la casa de Delaney o son visitados por el Hermano Columba. Hasta el momento, se dice que el número de curas en Joliet es más de veinte. No se lleva ningún registro de nombres, ya que no hay ningún intento de hacer publicidad, excepto cuando aquellos que son ayudados se lo dicen a sus amigos y otros."

"El Hermano Columba es un hombre ignorante en lo que a libros se refiere. Es zapatero de oficio y trabaja como zapatero cuando no atiende a los enfermos, mostrando en sus manos los resultados del trabajo diario. Tiene una cara genial y un ingenio Irlandés listo, con una respuesta o un proverbio para cada pregunta. Parece ser absolutamente sincero y no tiene ninguna de las marcas del impostor religioso. No se pide dinero por sus servicios.

La siguiente carta está fechada el 16 de mayo de 1919. "Estoy de viaje a menudo. Diez días en Decatur. Ocho días en Chicago: cuatro en Joliet... Muchas curas y buenas". Y la última carta de ese año, fechada el 17 de septiembre, dice: "Están comenzando a construir un seminario... y el santuario (va a) tomar un ala. No me gusta el plan, pero tengo que decir nada Mientras las curas se mantengan, eso es todo lo que me importa."

En mayo del año siguiente el Hermano admite: "No estoy bien desde que me dio la gripe".

Pero iba a la tienda cada vez que estaba en Notre Dame. La gente acudía a él y pasaba mucho tiempo respondiendo cartas.

En enero de 1921 escribió: "Estoy bastante bien, pero no como estaba. Tengo tos. El santuario está casi terminado... Me alegro de haber vivido para ver tanto hecho." Pero es fácil decirlo por la brevedad de las cartas que Hermano no está bien. "Yo soy. . . trabajando contra la corriente". El 12 de noviembre, escribió: "Debemos resignarnos a los caminos de Dios".

Solo hay cinco cartas en nuestro archivo para el año 1922. Todas son breves, una buena indicación de la cantidad de trabajo que el Hermano Columba estaba tratando de hacer y de su energía decaída. De su salud dice: "Estoy bastante bien, pero tengo tos". "Tengo poco aliento". "Más tarde puede que me recupere". Sus otros intereses son: ayudar a los afligidos, sus oraciones, un reputado novicio estigmatizado en una comunidad de Hermanas en Nueva York y el santuario.

De la novicia escribió: "Ella sabía de mí de alguna manera. (Ella está) interesada en mí y en la devoción. Cubre las insignias del Sagrado Corazón con celuloide. Me envió una". Sobre el tema del Santuario hay una nueva nota: "El General y (la) Provincial quieren que el Santuario del Sagrado Corazón (sea) en la parte de atrás de nuestra Iglesia del Sagrado Corazón.

La última frase escrita que tenemos es típica del buen Hermano Columba: "Dale a Mack este dólar y déjalo comer bien".

El año 1923, el último Hermano Columba que iba a pasar en esta tierra, lo encontró un hombre delgado, frágil y con mucha tos. El estado asmático que le sobrevino como secuela del grave ataque de gripe que había sufrido en 1917 fue agravándose progresivamente, y en ocasiones la dificultad para respirar le imposibilitaba salir de su habitación. Cuando se sintió lo suficientemente bien, después de que el clima se volviera cálido, se sentó en un banco al sol. Allí lo encontraron sus clientes y, a pesar de su debilitado estado, los recibió a todos, escuchó sus penas, los consoló lo mejor que pudo, los bendijo con una insignia del Sagrado Corazón y los animó a orar mucho por sí mismos.

Siguieron llegando cartas, pero ahora era necesario que el Hermano aceptara los buenos servicios de algunos de los seminaristas que vivían en Moreau Hall, quienes con mucho gusto escribieron las respuestas que les dictaba el Hermano Columba.

El verano de 1923 fue caluroso incluso para los veranos de Indiana. Con su condición asmática avanzada, a Hermano le resultaba muy difícil moverse. Se sentaba frente al Anexo Este cuando podía. Allí estaba sentado cuando el difunto Hermano Isidoro le tomó la foto que apareció en sus tarjetas necrológicas y que ahora es familiar entre clases.

para todos sus amigos. Llegaron los Sacerdotes, Hermanos y Hermanas de la Escuela de Verano para hablar con él

Con el final del verano, el Hermano Columba mostró alguna mejoría. Para cuando el campus cobrara vida con los estudiantes para el semestre de otoño, esperaba poder participar más activamente en su trabajo. Pero aquellos que lo conocían mejor se dieron cuenta de que no era tan fuerte como imaginaba que era. Sus Superiores lo vigilaban atentamente para evitar que sobrecargara sus fuerzas.

El Padre Charles O'Donnell, C.S.C., había sido elegido Provincial de la Provincia de los Estados Unidos en 1920 y aunque siempre había sido un gran admirador y amigo personal del Hermano Columba a lo largo de los años, desde que se convirtió en Provincial lo había visitado regularmente. Ahora que el Hermano no podía salir de las inmediaciones de la Casa de la Comunidad, aumentaba la ansiedad del Provincial por su comodidad.

A principios de octubre, el Hermano ya no podía levantarse de la cama. Los visitantes continuaron llamando y se sintieron algo disgustados porque no fueron admitidos en la habitación privada del Hermano. Habían llegado a depender tanto de él en busca de ayuda y consuelo que no podían imaginar que había que observar las normas del monasterio.

Desde su lecho de enfermo, el Hermano Columba enviaba una oración continua al Sagrado Corazón por todos sus amigos y clientes. Sugirió respuestas a las pilas de cartas que llegaban todos los días, hasta que finalmente su médico ya no le permitió esforzarse de esa manera.

A mediados de noviembre todos sabían que al Hermano Columba no le quedaba mucho tiempo de vida. Estaba tranquilo y en paz. Nunca pidió nada fuera de lo común y, en ocasiones, rogó a sus asistentes que no trabajaran demasiado para él. El que había sido incansable en el alivio del sufrimiento de los demás, estaba más que agradecido por la menor atención que se le brindaba, temiendo constantemente ser una carga.

El cuerpo fuerte y robusto del Hermano ahora no era más que un esqueleto cubierto de piel. Incluso parecía un hombre pequeño. Su respiración laboriosa salió en sacudidas cortas y desiguales. Excepto por un ligero rubor en sus mejillas, su rostro y manos pálidas apenas se distinguían entre las sábanas de su cama. Durante el día las buenas Hermanas de la Santa Cruz que tenían a su cargo la enfermería de la Comunidad le brindaron cuidados constantes y tiernos. Por la noche nuestros Hermanos de la Casa Comunitaria y de Dujarie se turnaron para quedarse con él.

Tan pronto como el médico lo creyó conveniente, se administraron los Últimos Sacramentos. El Hermano los recibió con la mayor devoción y estaba muy feliz. El padre O'Donnell dejó una orden de que él personalmente debería ser convocado de inmediato tan pronto como el Hermano mostrara signos de morir.

La noticia de la gravedad del estado del Hermano Columba corrió rápidamente de unos a otros. Los que habían sido ayudados por él alentaron a sus amigos a orar por su recuperación. La Comunidad no hizo nada para llamar la atención porque se temía que la noticia pudiera causar disturbios en el campus.

La noche del 19 de noviembre fue especialmente difícil para la víctima. Su extrema debilidad y condición asmática le hacían casi imposible respirar. Sin embargo, estaba tranquilo y perfectamente resignado.

Cuando los primeros rayos de la aurora gris temblaron en el este, la muerte estaba cerca. El Padre Provincial fue llamado y se apresuró a la habitación del Hermano. Le dio al humilde servidor del Sagrado Corazón una absolución final, recitó las oraciones por los moribundos y escuchó el último suspiro débil cuando la hermosa alma del Hermano fue al encuentro de su gran Amigo.

Eran las siete y treinta y cinco de la mañana del martes 20 de noviembre de 1923.

El padre Charles O'Donnell permaneció en silencio sobre sus rodillas, con la cabeza entre las manos. Le estaba haciendo grandes pedidos a su difunto amigo, y entre ellos uno en particular.

Un viejo amigo suyo, postrado en cama desde hacía mucho tiempo, completamente ciego y bastante sordo, no había asistido a los sacramentos durante mucho tiempo. El padre estaba profundamente apenado por esto. Había intentado todos los medios a su alcance para que el hombre se confesara y comulgara. Ahora suplicaría al Hermano Columba. Pidió como un favor especial, como una señal de que el Hermano y su trabajo habían sido agradables a Dios, que este viejo amigo suyo volviera a asistir a los Sacramentos. Y sin duda hubo muchas otras peticiones enviadas al Hermano, pero esta la reveló el Padre O'Donnell.

El sábado siguiente a la muerte del Hermano Columba, el anciano le dijo a uno de sus amigos: "¿No es este sábado?" "¿Si? ¿Porque?" fue dicho lo suficientemente alto para que él lo escuchara.

"Quiero confesarme hoy y me gustaría que me trajeran la Comunción mañana.

El Padre O'Donnell tenía su respuesta. Para él no era necesario nada más.

El miércoles fueron sepultados en el salón de la Casa de la Comunidad los restos del Hermano Columba, vestido con el hábito de los Hermanos de la Congregación de Santa Cruz. No había aparecido ningún aviso en el periódico de South Bend, pero la noticia ya se había difundido a lo largo y ancho, y cientos vinieron a orar y a tocar artículos con las manos marchitas para que se los llevaran a casa como reliquias.

Dado que el salón era muy pequeño y la multitud era mucho más numerosa de lo que podía manejar sin guía, era necesario tener varios miembros de la Comunidad a la mano en todo momento para mantener el orden y la multitud en movimiento. La multitud continuó durante el día y hasta altas horas de la noche. Temprano a la mañana siguiente la fila se formó de nuevo. A las ocho menos cuarto hubo que negar la entrada a más para que se cerrara el ataúd y se trasladaran los restos a la Capilla Universitaria de Nuestra Señora del Sagrado Corazón para la Misa de Réquiem y sepultura.

Amigos y clientes se alinearon a ambos lados de la carretera mientras el coche fúnebre llevaba los restos a la iglesia. El cuerpo de la iglesia estaba repleto de gente antes de que llegara el ataúd. Muchos lloraron abiertamente como si el Hermano hubiera sido padre o madre para ellos.

La Misa Mayor fue cantada por el Padre Joseph Gallagher, C.S.C., entonces Superior de la Casa de la Comunidad. Como regla general, no se predica ningún sermón en el funeral de uno de nuestros Miembros, pero el Provincial, el Padre Charles O'Donnell, se sintió impulsado a predicar. Subió al púlpito en medio de un pesado silencio. Su rostro estaba marcado por la solemnidad del momento. Después de una breve pausa, durante la cual Padre pareció mirar mucho más allá de su audiencia, comenzó a hablar con su rica y clara voz:

"Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón."

"Estoy seguro de que si los muertos pudieran hablar, es algo feliz que diría. Era tan sabio y tan sincero, su humanidad era tan amplia, su piedad era tan sencilla y práctica, es difícil ver cómo incluso el gran cambio que es la muerte pudo alterar mucho al hombre que conocemos, con toda su sabiduría y sus años no era más que un niño sencillo, bueno, y se durmió como un niño cansado, en los brazos de Dios. pudiera decimos algo de lo que él sabe más de lo que nosotros sabemos, sería una palabra alegre y segura de que todo va bien, de que nuestra fe y esperanza se cumplen, y la caridad no falta, a su manera luminosa y original diría esto , desde un mirador que debe estar cerca del Sagrado Corazón."

"¡Qué cosa tan maravillosa, amigos míos, es este funeral! A los ojos del mundo nos reunimos simplemente acerca de los restos mortales de un anciano cuya vida no fue de gran importancia, ningún servicio especial para su prójimo. Su, ninguna distinción de nacimiento, riqueza o educación, como el mundo lo ve. No escribió nada, no inventó nada, no contribuyó en nada al progreso de la humanidad. Era zapatero de día y, a veces, enfermero de noche. Sin embargo, su nombre era conocido a miles, muchos de los cuales vinieron en el transcurso de un año a visitarlo; la noticia de su muerte es difundida por la prensa pública de todo el país, y la familia religiosa de la que era miembro se une para rendirle todo el honor dentro de nuestro poder para otorgar.

Durante los últimos dos días, los fieles en un flujo constante se han acercado a su féretro y han tocado sus manos con sus rosarios y medallas, o se han parado en devoción absorta, mirando su rostro sencillo y pacífico."

"¿Cuál es el secreto de esta distinción, cuál es el corazón de este misterio? ¿Es nuestro sentimiento y nuestra credulidad, o más bien hubo algo en él y en su vida que despertó y mereció esta alta consideración? La respuesta no es nueva, como los términos del problema mismo son familiares en la historia de los hombres de Dios. Hay una distinción que es moral y espiritual. Es la más alta de todas las distinciones y es alcanzable por los más humildes, es más, sólo es alcanzada por aquellos que aprendimos de Cristo a ser mansos y humildes de corazón, y tal fue nuestro Hermano Columba, y de los tales es el reino de los cielos."

"Su historia, de la que el mundo haría tan poco, es una historia de romance divino. Un niño con un pie torcido, hijo de padres pobres, recibió escasa educación, trabajando a temprana edad en las minas de carbón de Pensilvania. Las puertas de la oportunidad estaban cerradas para él, todas menos una. Sus padres, al comienzo de su carrera, solo podían darle una llave, pero era la llave del reino de los cielos, era la fe que San Patricio trajo a Irlanda, y San Columba nutrió, y que miles de la raza Irlandesa mantuvieron cuando todo lo demás se había perdido. Y con esa herencia, el joven muchacho de las minas de carbón de Pensilvania era rico. Cualesquiera que fueran sus discapacidades sociales o físicas, podía avanzar en la mejor de las épocas, y sus pies tullidos no tenían por qué tropezar en el camino al cielo."

"Era evidente que ese era el camino que debía recorrer. Desde los catorce años, dijo él mismo, sintió un llamado especial a servir a Dios en la religión. Pero no fue hasta doce años después que sus pasos fueron guiados, por caminos extraños y tortuosos. guiado creyó por la dirección de la Santísima Virgen, a Notre Dame y Santa Cruz.

Y aquí durante casi cincuenta años no tuvo dudas de que había llegado a donde Dios quería que estuviera. Se ofreció a sí mismo para ir a las misiones extranjeras, se ofreció a ir a Molokai para ayudar al padre Damián entre los leprosos, los superiores lo asignaron a trabajar en la zapatería como zapatero de la comunidad, y allí permaneció y trabajó hasta que con el tiempo y la providencia de Dios, la misma zapatería se convirtió en un santuario. El humilde zapatero había aprendido de alguna manera a reparar almas inmortales.

“El proceso de su aprendizaje no es todo misterio. Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón, dijo Uno cuyas palabras eran todo lo que importaba al Hermano zapatero. San José, su patrón especial, vivió y murió como carpintero. El mismo hijo de Dios santificó el trabajo manual en el trabajo. Un alto propósito, una gran intención pueden acompañar a la simple acción, y ¡he aquí!, se cuenta la historia. ¿Quién podrá sondear la profundidad de su unión con Dios en esas horas de trabajo común, lejos de los falsos valores del mundo? ¿Qué lecciones aprendió del Divino Maestro que dio una sanción y un poder a su propio ejemplo y a sus palabras cuando más tarde el mundo abrió un camino a su puerta! Llegó el día en que la oscuridad de esta vida escondida fue llevada a su fin, y el simple Hermano trabajador derramó un brillo propio en un entorno que se distinguió por muchos otros reclamos.”

“Si en realidad no se inició en Notre Dame, promovió fuerte y activamente la devoción al Sagrado Corazón, una devoción que hace treinta y tres años no tenía el favor general que tiene ahora. Sus esfuerzos fueron coronados con un éxito peculiar. Vivió para ver, como dijo hace solo unos días en su lecho de muerte, vivió para ver en toda Notre Dame un santuario del Sagrado Corazón. La Santísima Virgen y el Sagrado Corazón nunca se separaron en su propia devoción. Hizo con sus propias manos. Y repartió treinta mil insignias del Inmaculado Corazón de María Las grandes obras son a veces muy sencillas en el modo de su realización.”

"De alguna manera se le ocurrió que la insignia del Sagrado Corazón podría ser el vehículo de la devoción misma. Es interesante notar en la vida de Santa Margarita María, a quien se le reveló por primera vez como apostolado esta especial devoción, que desde un principio su gran preocupación fue por una imagen que pudiera poner en circulación, y es interesante. Nótese además que los primeros clientes del Sagrado Corazón, en Paray-le-Monial, hace doscientos cincuenta años, llevaban consigo pequeñas imágenes del Sagrado Corazón."

"No es mi propósito discutir en detalle el Apostolado de devoción al Sagrado Corazón del Hermano Columba. Fue su vida. El año pasado dijo, con la sencillez humorística que lo mantuvo tan cuerdo y humano, 'Me moriré uno de estos días, y tal vez pongan algo sobre mí en THE SCHOLASTIC. Puedes decirles que digan que había un viejo zapatero en Notre Dame, y tenía devoción al Sagrado Corazón, y parece que hubo algunas curas. En esas pocas palabras escribió su autobiografía. Aprende de mí que soy manso y humilde de corazón. Algunos pueden pensar que es timidez, algunos pueden considerarlo como la conservación característica de la autoridad religiosa y eclesiástica que nunca hubo una investigación oficial de estos aparentemente resultados sobrenaturales. Sea como fuere, el bien que hizo no se puede deshacer, ni su vida no se puede vivir, ni la gloria de los siervos de Dios perece, ni las obras de Dios se anulan. Mil años para Él son como un día, y no permitirá que sus santos vean corrupción."

"El cuerpo de nuestro amado Hermano Columba será sepultado en nuestro pequeño cementerio de la Comunidad, un cuerpo gastado por el trabajo y por el sufrimiento secreto y por las largas vigiliias nocturnas cuidando a los enfermos. Su alma, confiamos ya cara a cara con Dios. Y cuando lo acostamos, pensamos en el merecido descanso de esa gran compañía de religiosos sencillos y trabajadores que, como él, solo deseaban el último y más bajo lugar."

Va a reunirse con el Hermano Alfredo, el albañil, que levantó los muros de esta misma iglesia, y con el Hermano Neil y el Hermano Augusto, que fueron del banco de su sastre al Paraíso, y con el Hermano Carlos, el buen carpintero, que se construyó un ancla en el cielo, y el Hermano Agustín, el excelente panadero, a cuya muerte el venerable Padre Sorin escribió una de sus cartas circulares más encantadoras y hermosas. Espiritual y materialmente han sido pilares de nuestra vida comunitaria. Son los verdaderos medievalistas en una época moderna que ha perdido ese sentido de la eternidad, el alma de las edades de la fe. No podemos sino llorar su muerte y orar a Dios para que levante a otros en su lugar. La alabanza y el aprecio de ellos no es un reflejo de los Sacerdotes y Hermanos cuya labor ha sido la de enseñar y prefectar y dirigir el trabajo de los demás. Simplemente, este último tipo de trabajo tiene pleno reconocimiento humano. Pero el humilde religioso en su banco de trabajo, aunque feliz en la paz de su vida oculta, rara vez encuentra, como rara vez busca, recompensas que estén lejos de la bienaventuranza eterna.

"Y esta es la recompensa que pedimos por nuestros amados muertos esta mañana. Nuestras palabras se las lleva el viento. Todo es vanidad excepto amar a Dios y servirle sólo a Él. Las opiniones de los hombres están cambiando de moda, la fama no sobrevive mucho tiempo, incluso la reputación de santidad puede empañarse y caer en el olvido. Sólo Dios perdura, y el espíritu inmortal del hombre. Sobre este bueno y santo religioso se dicen las oraciones que se ofrecen por todos los cristianos difuntos, sean santos o pecadores. El resto es con Dios. Sólo hay un futuro para todos nosotros, no un futuro de tiempo, porque eso no es nada; sino el futuro que es la eternidad. Hacia eso nos apresuramos. Dios quiera que aprendamos de esta vida humilde y noble para dar su valor propio a todas las cosas que nos conciernen hasta que las cosas que nos conciernen hayan llegado a su fin. ¿Han llegado a su fin o más bien sólo a un comienzo más glorioso en la muerte del Hermano Columba? No sabemos. Sí sabemos que lo dejamos a salvo bajo la custodia del Sagrado Corazón. Que en paz descance, y Bendito sea Dios en Sus Santos".

No había muchos ojos que no estuvieran húmedos por las lágrimas en esa iglesia llena de gente, pero muchos derramaban lágrimas de alegría ahora que comprendían mejor la importancia y el valor de la vida y obra del Hermano Columba.

Cuando terminó la Misa, la larga procesión fúnebre recorrió el campus, santificada por el paso de muchos otros hijos incondicionales de Notre Dame y Santa Cruz, alrededor del lago, pasando por la Casa Comunitaria donde durante tantos años hombres como el Hermano Columba había aprendido a morir, y en la pequeña colina a la tierra amada de Dios.

Luego se hizo una excepción a una costumbre comunitaria. El ataúd se abrió de nuevo para que decenas de personas que no habían podido ver a su amado amigo tuvieran la oportunidad de tocar sus rosarios y medallas con sus manos cansadas.

Cuando por fin cada uno hubo satisfecho su devoción, habiendo reunido para sí una reliquia para atesorar, el ataúd fue cerrado y bajado a la tumba en medio de las oraciones siempre crecientes de sus amigos. Desde su lugar en lo alto, cerca de los Corazones que amaba tanto, todavía nos sonríe. Imitemos su ejemplo. Que nos acerquemos cada vez más con José y María al Corazón siempre amoroso de Jesús.

FIN